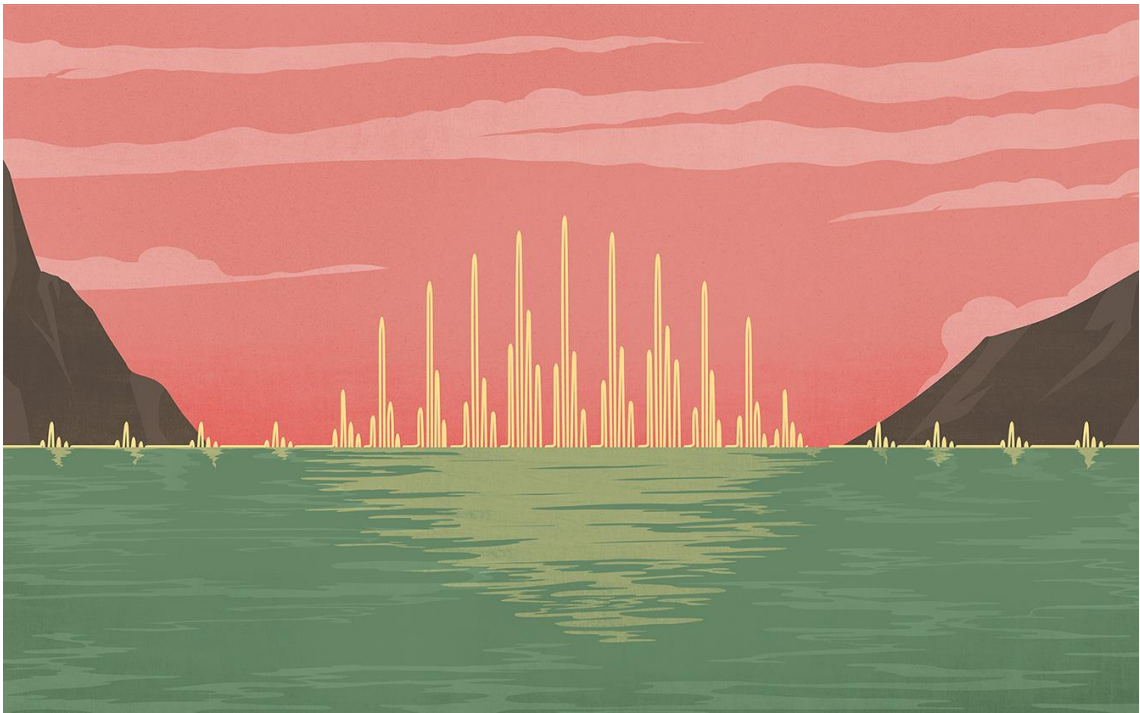


FILOSOFÍA&CO

El amor explicado por la filosofía



¿De qué hablan los filósofos cuando hablan de amor? ¿Hablan de un mismo sentimiento o de sentimientos diversos? ¿De una virtud o de una fuente de sufrimiento? ¿Es un sentimiento universal? ¿Está más bien relacionado con la época? ¿Se puede aprender a amar? Si, como dijo el escritor francés Stendhal, «el amor es una flor que crece junto al abismo», intuimos que hablar de él no va a ser una tarea sencilla, a pesar de ser algo tan cotidiano, tan humano, que afecta de lleno a todos, independientemente de la ideología, el sexo, el lugar de origen, las creencias, el nivel económico y cultural... El amor se convierte en pregunta más que en respuestas a cada paso que damos indagando en lo que los filósofos han dicho y escrito sobre él a lo largo de la historia.

«¿Alguien sabe de verdad lo que es el amor? ¿Una descarga química, una tormenta hormonal que nos obliga a tendernos hacia el otro/la otra con el cuerpo anhelante y la mente al borde del abismo? ¿El encuentro de dos almas predestinadas? ¿Es el amor un sentimiento universal? Un indígena shuar — nuestros antepasados lo llamarían ‘jíbaro’— me dijo una vez que en su lengua no existe la palabra ‘amor’; si los shuar no conocen la palabra ‘amor’, ¿quiere eso decir que no aman? ¿Quiere decir tal vez que en la condición humana más cercana a la naturaleza el amor no existe? ¿O quiere decir que existe, pero no saben nombrarlo? Pero ¿existe lo que no se nombra?».

Todas estas dudas y muchas más las plantea la escritora española Ángeles Caso en la introducción de su libro, *Quiero escribirte esta noche una carta de amor*, publicado por Lumen, que recoge la correspondencia amorosa y pasional de quince escritoras de la historia.

El amor como pregunta

La autora de este libro continúa preguntándose: «¿Es el amor una construcción cultural que adorna con palabras, gestos y sensaciones lo que no es más que un proceso bioquímico, puramente natural? ¿Amaron de la misma manera la «intelectual francesa» del siglo XII Eloísa, sensible a su carne, enfrentada al Infierno, y la intelectual francesa del siglo XX Simone de Beauvoir, empeñada en destruir todo rastro burgués en su vida, descreída y antimoral? ¿Sintieron lo mismo, a pesar de su propio pensamiento, la epicúrea del siglo XVII Ninon de Lenclos, que rechazaba los tópicos sobre la pasión amorosa, y la romántica del XIX George Sand, decidida a morder el amor hasta sangrar?».

«¿Temblaron de igual modo la joven estudiante de filosofía María Zambrano, castellana, avergonzada por la «mancha» suprema del embarazo a destiempo, anhelante del matrimonio, y su contemporánea rusa Marina Tsvietáieva, ardiente de buscar en el amor, sin límites ni casillas ni sexos decididos de antemano, la fuente fundamental de su inspiración poética? ¿Es el mismo amor el que sintió Elizabeth Barrett por Robert Browning que el que sintió Virginia Woolf por Vita Sackville-West? ¿Fue más sincera Mary Wollstonecraft, que permitió —¿permitió?— que el Único la arrollase, destruyéndola, o Julie de Lespinasse, que amó a dos al mismo tiempo, con la misma intensidad?».

«¿Es el amor una descarga química, una tormenta hormonal? ¿El encuentro de dos almas predestinadas? ¿Es una construcción cultural que adorna con palabras, gestos y sensaciones lo que no es más que un proceso bioquímico, puramente natural?». Ángeles Caso en *Quiero escribirte esta noche una carta de amor*

Amo, luego existo

Preguntas y más preguntas sobre el amor. Eterno. Efímero. Misterioso. Incomprensible. Poderoso. Frágil. Fuerte. Delicado. Terrenal. Divino. Maravilloso. Placentero. Doloroso amor. Pero ¿qué es ese amor que admite tantos adjetivos y tan opuestos? ¿Cómo abordarlo? ¿Es posible entenderlo? ¿Puede la filosofía ayudarnos en esta tarea?

Porque ¿ha prestado la filosofía suficiente atención al amor?, se pregunta también el filósofo español Manuel Cruz en su libro *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*, premio Espasa de Ensayo 2010. «El amor es mucho más que un tema filosófico de idéntico rango que los más importantes: es, en el fondo, por decirlo de manera un tanto abrupta, aquello que hace posible la filosofía misma».

Habla el filósofo de la necesidad de otorgarle al amor el lugar que le corresponde en el origen del pensamiento. «¿Por qué no considerar el amor como se considera tradicionalmente la experiencia del asombro, esto es, como fundacional, como prefilosófica?», plantea Cruz. Nos asombramos porque amamos saber, argumenta; solo quien ama la sabiduría está en condiciones de poder asombrarse.

Pero no bastaría con darle al amor el espacio que merece en el pensamiento. Habría que reconocerle su (inmenso) valor. Para explicarlo, Cruz reflexiona acerca de la condición y el concepto de amar y llega a la esencia del individuo que lo hace y lo siente y a la trascendencia del hecho en sí: si el amor es condición de posibilidad del propio pensamiento, del hecho de pensar, también lo es del sujeto que piensa, de su existencia. El amor es amor personal; es amor de alguien hacia otro alguien o hacia un algo; es amor de un quien. Amo, luego existo. «Yo amo antes de ser, porque no soy sino en cuanto experimento amor», escribe Cruz en el libro. «El amor me constituye, y me constituye además en cuanto ser humano».

Pasión, emoción, sentimientos

Sí ha habido filósofos que han reflexionado a lo largo de la historia, y siguen haciéndolo hoy, sobre las pasiones, los sentimientos. «Nos mueven las emociones», explica la filósofa española Victoria Camps, autora de *El gobierno de las emociones*, editado por Herder. Son los sentimientos, dice, y no la razón, los que nos hacen actuar. Y aclara que los afectos no son contrarios a la racionalidad, sino que únicamente desde ellos se explica la motivación para

actuar racionalmente. Solo un conocimiento que consiga que razón y sentimiento convivan en armonía incita a asumir responsabilidades morales.

«Los filósofos se interesan por las emociones, los sentimientos o las pasiones desde el punto de vista de la relación que puedan tener con la razón» se lee en *El gobierno de las emociones*. «He contemplado los afectos humanos, como son el amor, el odio, la ira, la envidia, la gloria, la misericordia y las demás afecciones del alma, no como vicios de la naturaleza humana, sino como propiedades que le pertenecen como el calor, el frío, la tempestad, el trueno y otras cosas por el estilo a la naturaleza del aire». Este párrafo del Tratado político, dice Victoria Camps, es el que mejor resume el lugar que ocupan en el pensamiento de Spinoza lo que él llama «afectos» o «emociones del alma». «Los afectos son algo intrínseco a la naturaleza humana, tan inevitables como el respirar, el crecer y el morir» concluye la filósofa hablando de Spinoza.

¿Una construcción cultural?

Nicolas González Varela, filósofo, psicólogo, ensayista, traductor de Marx, Pessoa y Heidegger, lanzaba a finales del pasado mes de noviembre esta cuestión a través de su cuenta de Twitter: ¿Y si el Amor no fuera en absoluto una emoción? Y planteaba otras posibilidades: ¿Una construcción cultural? ¿Un subproducto de la sociedad cortesana? ¿Una estrategia evolutiva tardía?

A partir de ahí, sus seguidores aportaban su visión del tema: «Parece demasiado para ser una emoción más. Pero aun siéndolo, tiene un lugar de honor en la conservación de la especie. Tal vez sea el mecanismo clave, la obra maestra de la madre naturaleza». O: «Quizá podría ser un estado de la conciencia, una decisión de la voluntad, una visión del mundo. Pero quizá el amor solo sea una ficción para hacer soportable la vida». Otro apuntaba: «El sentimiento es una emoción que determina el estado de ánimo. Quizás haya emociones instantáneas y perdurables en el tiempo. Cuando esa persona ya no te emociona pasa a otro estado de la materia, acostumbamiento, deber, querencia...».

«Los afectos son algo intrínseco a la naturaleza humana, tan inevitables como el respirar, el crecer y el morir» dice Victoria Camps hablando sobre la visión de Spinoza.

El dios Amor de Platón

Si volvemos la mirada 25 siglos hacia atrás, podemos conocer qué y cómo es el amor para los filósofos de la Grecia clásica. Los griegos tenían cuatro palabras diferentes para designar al amor: *eros*, el amor carnal, la pasión; *philia*, amistad, amor al prójimo, hermandad, solidaridad; *ágape*, afecto, amor incondicional, universal, absoluto (como el amor a la humanidad, a la verdad...); y *storgé*, el afecto fraternal, filial.

Platón relaciona el amor con la búsqueda de la perfección. A él le dedica dos de sus diálogos: *El banquete* y *Fedro*. En *El banquete* identifica el amor inicialmente con el sentimiento de atracción en el que se basa la educación de la época, en el amor del maestro por el discípulo, y lo personifica en Sócrates: el amor, dice, nace del deseo humano de lo bello y lo bueno, del ansia de felicidad. En *Fedro*, Platón describe el amor como locura del hombre por el conocimiento, como recuerdo de un saber adquirido por el alma.

Para Platón, lo importante es la belleza de las almas. Si alguien ama de verdad, continuará queriendo al ser amado incluso más allá de su muerte. El amor más resistente que la vida; el amor más fuerte que la muerte. Mantenía Platón así las ideas y enseñanzas de su maestro, Sócrates.

«El Amor es un gran Dios, muy digno de ser honrado por los dioses y por los hombres por mil razones, sobre todo, por su ancianidad; porque es el más anciano de los dioses (...) No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no inspire el mayor valor y no le haga semejante a un héroe.

Toda acción en sí misma no es bella ni fea (...) Lo mismo sucede con el amor. Todo amor, en general, no es bello ni elogiable si no es honesto (...) Es preciso tratar al amor como a la filosofía y a la virtud, y que sus leyes tiendan al mismo fin (...) Si con una esperanza de utilidad o de ganancia se entrega uno a un amante que se creía rico, y que después resulta ser pobre, y que no puede cumplir su palabra, no es menos indigno, porque es ponerse en evidencia y demostrar que mediando el interés se entrega a todo, y esto no tiene nada de bello (...) Es bello amar cuando la causa es la virtud».

El banquete, Platón

Los griegos tenían cuatro palabras para designar al amor: *eros*, *philia*, *ágape* y *storgé*. Cada una se refería a un tipo de amor.

El alma para Platón

¿Quién no sabe (o cree saber) del amor platónico? ¿Quién no ha utilizado esta expresión en alguna ocasión refiriéndose a un amor idealizado, que vive en el deseo constante y eterno, ajeno a cualquier tipo de connotación sexual, como dice en *Amo, luego existo*, el filósofo Manuel Cruz? Este es un claro ejemplo de las ideas filosóficas que atraviesan las puertas académicas y salen al exterior mezclándose e instalándose entre la gente y su vida cotidiana..., aunque, como veremos más adelante, la idea que ha pasado al uso común no es exactamente la idea que Platón planteaba sobre el amor.

Para entenderlo mejor, comprendamos primero lo que era el alma humana para Platón. El filósofo la divide en tres partes: razón, ánimo y apetito, y en su diálogo *Fedro* las explica recurriendo a su famoso mito del carro alado.

Las almas son como un carro dirigido por un auriga, el hombre que conduce el carruaje, del que tiran dos caballos. El alma es la fuerza natural que mantiene unidos al carro y a su auriga, que van sostenidos por alas; una fuerza capaz de elevar lo pesado, dirigiéndolo hacia arriba, el lugar donde habitan los dioses. El cultivo y la dedicación a lo hermoso, lo sabio y lo bueno hacen crecer las alas, que se encargan de hacer más ligera la subida. Lo malo, por su parte, lo vergonzoso y feo tiene como resultado que estas alas se reduzcan o desaparecen, con lo que la caída será inevitable.

El auriga debe guiar a una pareja de caballos diferentes entre sí. Uno es blanco y simboliza la belleza y la verdad; el otro es negro, representación del mal. El auriga es la parte racional, el equilibrio. Si el auriga es capaz de controlar a los caballos, el conjunto se elevará y contemplará el mundo de las ideas. Si no lo hace, los caballos se rebelarán, el carro no podrá elevarse y caerá en el mundo sensible, el físico, el de las cosas. El alma acabará en un cuerpo aprisionado con el anhelo de retornar a su mundo original, ese para el que estaba destinado.

Las partes del carro se corresponden con las tres partes del alma: la parte volitiva, donde residen los apetitos y deseos incontrolados, es el animal negro y rebelde; el ánimo, bajo la forma de caballo blanco, es la parte que aspira siempre a la verdad y al bien; el auriga, el hombre que los dirige, simboliza la razón, es el encargado de controlar los apetitos.

Amor: ¿conflicto entre razón y pasión?

Hay dos grandes grupos de estudiosos sobre el amor en la obra platónica, según explica Manuel Cruz en su libro: por un lado, los que entienden que el hilo conductor de los textos en los que Platón habla del amor es el conflicto entre la razón y la pasión; por otro, quienes leen esos mismos textos en clave de continuidad.

«Cada parte del alma tiene su propio goce y su deseo característico y propio, que exige su legítima satisfacción: la parte reflexiva persigue el conocimiento y la sabiduría, la apasionada apunta al éxito, al honor y al poder, y la concupiscente, a los placeres de la carne», escribe Cruz. Y explica el filósofo español que se corresponden con tres tipos de vida que buscan como goces la contemplación de la verdad (la parte reflexiva), la satisfacción de la ambición (la apasionada) y las ganancias materiales (la concupiscente). Se trata de conseguir la justicia y la virtud alcanzando el equilibrio entre todas: el orden entre las distintas partes del alma.

«No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no inspire el mayor valor y no le haga semejante a un héroe». Platón en *El banquete*

Conocer y amar la belleza

Pero, advierte Cruz, a esa virtud no se llega únicamente a través de un proceso intelectual. Es necesaria también la educación del deseo. En el eros humano, Platón reconoce una semidivina fuerza apetitiva —explica el *Diccionario de filosofía de Brugger* (Herder)—, que conduce al ser humano más allá de todo lo que solo es limitadamente bello, bueno y verdadero, y despierta en él la añoranza insaciable por lo bello, bueno y verdadero en sí, por lo divino y por la inmortalidad.

En *El banquete*, Platón, a través de la figura de Sócrates, nos presenta a Diotima, quien le relató a este en un encuentro la historia de Eros. Según el testimonio de Sócrates, Diotima le enseñó filosofía amatoria entre otras cosas. Anna Pagés, autora de *Cenar con Diotima. Filosofía y feminidad*, (Herder, 2018) nos cuenta que leyó *El banquete* por primera vez cuando tenía 20 años y que de este diálogo de Platón le gustó que trataba el tema del amor, pero lo que más le impactó fue la intervención de Sócrates, diferente de otros diálogos por cómo

introducía a su amiga Diotima atribuyéndole un saber a propósito del mito del nacimiento del amor.

En su libro *Amo, luego existo*, Cruz afirma, con Diotima, que «el deseo empieza por apuntar en general hacia los cuerpos bellos y que, de inmediato, repara en un solo cuerpo. Pero la hermosura de ese concreto cuerpo juvenil está hermanada con la de otros cuerpos (...) Si lo encontramos hermoso fue porque reconocimos que en él se encontraba la misma belleza que habita en otros cuerpos hermosos». Así, quien sepa reconocer en sí mismo este amor más amplio hacia la belleza que hay en todos los cuerpos estará listo para dar el siguiente paso y considerar más hermosa la belleza de las almas que la del cuerpo. La hermosura del cuerpo pasará a ser algo insignificante.

El amor es la motivación que lleva al conocimiento de la belleza y es necesario seguir un proceso hasta alcanzar la cima con el conocimiento puro, desinteresado de la propia belleza. Es la esencia de la idealización en el amor platónico, un amor que da más importancia a lo espiritual, lo emocional y lo intelectual que a lo físico o sensual.

«Perdidos de vista cualesquiera objetos individuales e imágenes temporales de la belleza, nos encontramos de lleno en el mundo inteligible, en el que el objeto final ya no puede ser la belleza física, la moral o la intelectual, sino la belleza en sí. Dicha belleza es eterna, no cambia ni se manifiesta en ninguna otra cosa (...) El amor es el camino, el nexo de unión con aquello que llamamos perfecto, divino, hermoso». El proceso debe concluir, en un estado posterior, como narra Platón en *El banquete*, con el amor a una idea de belleza «pura, limpia, sin mezcla y no infectada de carnes humanas, ni de colores, ni de, en suma, de otras muchas fruslerías mortales».

«El amor es el camino, el nexo de unión con aquello que llamamos perfecto, divino, hermoso». *El banquete* de Platón

El amor platónico

«Todo deseo de las cosas buenas y de ser feliz es amor» dice Platón en *El banquete*. Contra la creencia actual más extendida popularmente, el amor platónico no es un amor imposible. El amor platónico como reflejo del amor incondicional y desinteresado no existe. Tampoco se trata de un amor no correspondido. Para el filósofo griego, amar la belleza va más allá de la simple atracción física. Platón plantea que el ser humano busca el amor para sentirse

completo. No es un amor inalcanzable, sino que se trata de darse en cuerpo y alma a la persona adecuada y admirada que nos complementa, nos permita crecer y nos ayude a ser mejores.

«Se debe considerar más valiosa la belleza de las almas que la del cuerpo, de suerte que si alguien es virtuoso del alma, aunque tenga un escaso esplendor, séale suficiente para amarle, cuidarle, engendrar y buscar razonamientos tales que hagan mejores a los jóvenes, para que sea obligado, una vez más, a contemplar la belleza que reside en las normas de conducta y a reconocer que todo lo bello está emparentado consigo mismo, y considere de esta forma la belleza del cuerpo como algo insignificante».

El banquete, Platón

En *El banquete*, Diotima le explica a Sócrates la historia de Eros (Amor).

Eros es hijo de Penia, la diosa de la pobreza, y de Poros, el dios de la oportunidad y la abundancia. Eros, el amor, es la mezcla de la abundancia y la pobreza. Se mueve a caballo entre las dos. No es inmortal, porque no es un dios, pero tampoco es mortal, porque no es humano. Diotima explica el amor como algo que se mueve entre la abundancia y la ausencia, la inmortalidad y la mortalidad, que cambia con el tiempo, que puede nacer y también puede morir.

–Estás conforme en que el Amor desea las cosas bellas y buenas, y que el deseo es una señal de privación [dice Diotima].

–En efecto, estoy conforme con eso [contesta Sócrates].

–¿Cómo entonces –repuso Diotima– es posible que el Amor sea un dios, estando privado de lo que es bello y bueno?

–Eso, a lo que parece, no puede ser en modo alguno.

–¿No ves, por consiguiente, que también tú piensas que el Amor no es un dios?

–¡Pero qué! –respondí–, ¿es que el Amor es mortal?

–De ninguna manera.

–Pero en fin, Diotima, dime qué es.

–Es, como dije antes, una cosa intermedia entre lo mortal y lo inmortal.

–¿Pero qué es en última instancia?

–Un gran demonio, Sócrates; porque todo demonio ocupa un lugar intermedio entre los dioses y los hombres (...) Los demonios son muchos y de muchas clases, y el Amor es uno de ellos.

Y a continuación Diotima le explica a Sócrates la procedencia de Amor/Eros, quiénes son sus progenitores:

«Cuando el nacimiento de Afrodita [diosa de la belleza], hubo entre los dioses un gran festín en el que se encontraba, entre otros,

Poros [dios de la abundancia], hijo de Metis. Después de la comida, Penia [diosa de la pobreza] se puso a la puerta para mendigar algunas sobras. En ese momento Poros, embriagado con el néctar (porque aún no se hacía uso del vino), salió de la sala y entró en el jardín de Zeus, donde el sueño no tardó en cerrar sus ojos pesados. Entonces Penia, afligida por su estado de penuria, se propuso tener un hijo de Poros. Fue a acostarse con él y se hizo madre del Amor [Eros]. Por esta razón el Amor [Eros] se hizo compañero y servidor de Afrodita, porque fue concebido el mismo día en que ella nació; además de que el Amor ama naturalmente la belleza y Afrodita es bella.

Y, como hijo de Poros y Penia, he aquí cuál fue su herencia. Por una parte, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, sin calzado, sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo en la calle. En fin, lo mismo que su madre está siempre encarando la miseria. Pero, por otra parte, según la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz, persistente, buen cazador, ansioso de conocimiento, aprende con facilidad, encantador y hábil con las palabras. No es por naturaleza ni inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza de su padre. Todo lo que adquiere lo disipa sin cesar, de suerte que nunca es rico ni pobre. Ocupa un término medio entre la sabiduría y la ignorancia».

«El Amor no es por naturaleza ni inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive y otras muere, pero recobra la vida de nuevo». *El banquete* de Platón

Hagamos un inciso sobre la visión de Eros y Platón según el filósofo surcoreano Byung-Chul Han en su libro *La agonía del Eros*, publicado también por Herder:

«En el Eros mora un ‘germen de lo universal’ [según Alain Badiou en *Elogio del amor*]. Cuando contemplo un cuerpo bello, ya estoy en camino hacia lo bello en sí. El Eros mueve y propulsa el alma para ‘una procreación en la belleza’ [Platón en *El banquete*]. De él emana una fuerza ascensional del espíritu. El alma, impulsada por el Eros, produce cosas

bellas y sobre todo acciones bellas, que tienen un valor universal. Esa es la doctrina platónica. En contra de lo que en general se cree, no es enemiga de los sentidos y del placer. Pero si el amor se profana para convertirse en sexualidad, tal como hoy en día sucede, el rasgo universal del Eros se aleja de él.

El Eros, que, según Platón, dirige el alma, tiene poder sobre todas sus partes: deseo (*epithymia*), valentía (*thymos*) y razón (*logos*). Cada parte del alma tiene su propia experiencia del placer e interpreta lo bello de forma propia en cada caso. Hoy parece que es sobre todo el deseo (*epithymia*) el que domina la experiencia de placer del alma».

Dentro del mundo sensible o más allá de él

Con la llegada del estoicismo, la escuela filosófica fundada por Zenón de Citio en el año 301 a. C., lo que hasta ese momento se había considerado trascendente (es decir, situado más allá de la experiencia del mundo sensible; Dios, por ejemplo) se vuelve inmanente a la naturaleza (que está dentro del límite de la experiencia humana, que no existe un orden que esté más allá o por encima de lo que se denomina universo), se difunde la idea de un amor universal a todo hombre.

Para el cristianismo, Dios es amor y el amor es un mandamiento. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 San Juan 4, 16), dice la Biblia. En *La ciudad de Dios*, san Agustín señala el sentido de la vida humana como la lucha entre dos amores: el amor a Dios y el amor a uno mismo. De este doble sentido del amor surge la distinción en la corriente escolástica –corriente teológica y filosófica medieval– de amor benevolente y desinteresado y amor egoísta.

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». (1 San Juan 4, 16)

En el Renacimiento, el amor se ve como una fuerza cósmica, por influencia de las ideas neoplatónicas. La filosofía a partir del siglo XVII entiende que el amor es un fenómeno de la conciencia que se explica desde sus causas psicológicas. Para el filósofo francés René Descartes, el amor es «una emoción del alma».

«El amor es una emoción del alma causada por el movimiento de los espíritus [animales], que la incita a unirse voluntariamente a los objetos que le parecen convenientes. El odio es una emoción causada por los espíritus, que incita al alma a separarse de los objetos que le parecen nocivos. Digo que estas emociones son causadas por los espíritus para distinguir el amor del odio, que son pasiones dependientes del cuerpo, tanto en cuanto juicios que llevan al alma a unirse voluntariamente con las cosas que considera buenas o a separarse de las que estima malas, como en cuanto emociones que estos mismos juicios excitan en el alma».

Las pasiones del alma, Descartes

El filósofo inglés Thomas Hobbes ve el amor como un movimiento voluntario de la misma naturaleza que el deseo.

«Aquello que los hombres desean, se dice también que lo aman, y que odian aquellas cosas por las que sienten aversión. Por lo que el deseo y el amor son la misma cosa; salvo que por deseo queremos siempre decir ausencia del objeto, y por amor casi siempre presencia del mismo».

Leviatán, Hobbes

El filósofo neerlandés Baruch Spinoza se centra en el componente racional del amor con su teoría del amor *Dei intellectualis*, «amor intelectual a Dios». Esta expresión latina pone de relieve la relación entre el conocimiento intelectual y la felicidad humana. «Dios» es también la «naturaleza», así que también puede entenderse como el amor intelectual a la naturaleza, es decir, el deseo de conocer la naturaleza.

«Ningún amor es eterno, salvo el amor intelectual (...) El amor intelectual del alma hacia Dios es el mismo amor con que Dios se ama a sí mismo (...) En virtud de esto, comprendemos claramente en qué consiste nuestra salvación o felicidad, o sea, nuestra libertad».

Ética demostrada según el orden geométrico, Spinoza

La filosofía a partir del siglo XVII entiende que el amor es un fenómeno de la conciencia que se explica desde sus causas psicológicas

«La filosofía a partir del siglo XVII entiende que el amor es un fenómeno de la conciencia que se explica desde sus causas psicológicas.

La cara y la cruz para Voltaire

El amor es una tela que borda la imaginación, escribe el filósofo francés Voltaire en el primer volumen de su *Diccionario filosófico* en el siglo XVIII. Y para formarnos una idea de lo que es el amor nos invita a contemplar a nuestro alrededor, la naturaleza; a los gorriones y los palomos del jardín, al toro que se aproxima a la vaca, al caballo que se acerca a la yegua. «Observa cómo chispean sus ojos –nos dice–, oye sus relinchos, contempla sus saltos, sus orejas tiesas, su boca que se abre nerviosamente, la hinchazón de sus narices y el aire inflamado que de ellas sale, sus crines que se erizan y flotan y el movimiento impetuoso que les lanza sobre el objeto que la Naturaleza les destinó». Y por si algún lector cae en la tentación de envidiar la fuerza, la belleza, la ligereza o la rapidez con la que la Madre Naturaleza ha dotado a estos animales, Voltaire a continuación nos advierte: debes comprender las ventajas de la naturaleza humana, que compensan en el amor todas esas cualidades de las que gozan los animales.

Los hombres, explica, recibieron el don de perfeccionar todo lo que la naturaleza les concedió y lo hicieron con el amor. «La limpieza y el aseo, haciendo la piel más delicada, aumentan el deleite que causa el tacto, y el cuidado que se tiene para conservar la salud hace más sensibles los órganos de la voluptuosidad. Los demás sentimientos se entremezclan con el del amor como los metales se amalgaman con el oro; la amistad y el aprecio lo favorecen, y la belleza del cuerpo y la del espíritu le añaden nuevos atractivos. Sobre todo, el amor propio estrecha esos lazos, porque el amor propio se encomia a sí mismo por la elección que hizo y las múltiples ilusiones que hace nacer, y embellece la obra cuyos cimientos inició la naturaleza. Tales ventajas tienen los hombres sobre los animales».

Y hasta aquí la cara de la virtud, porque ahora Voltaire se encarga de mostrar, repentina, abruptamente, la cruz. «Si aquellos [los hombres] disfrutaban placeres que estos [los animales] desconocen, sufren en cambio pesares de los que las bestias no tienen la menor idea. Lo más terrible para el hombre es que la naturaleza haya emponzoñado en las tres cuartas partes del mundo los placeres del amor y los manantiales de la vida con esa enfermedad venérea espantosa que a él solo ataca y a él solo infecta los órganos de la generación».

Para formarnos una idea de lo que es el amor, Voltaire nos invita a contemplar la naturaleza; a los pájaros, al toro que se aproxima a la vaca, al caballo que se acerca a la yegua.

Aprender a amar

«Los filósofos tienen miedo a hablar del amor» según palabras de Javier Sádaba, autor de *El amor y sus formas*, editado por Península. El filósofo español lo decía hace unos años en una entrevista a la revista Filosofía Hoy. «No es el caso de Platón; en Aristóteles las cosas cambian, pero tampoco se trata del amor-pasión» explica Sádaba. Aristóteles se refiere al amor entre los hombres más como *philia*, amistad (de ella habla en *Ética a Nicómaco*) que como eros (deseo pasional). «Yo me preguntaba –continúa Sádaba–: ¿por qué no se habla de las cosas que más importan? Si la gente lo que más desea es querer y que la quieran... Pero yo creo que eso da miedo, miedo a entrar en un campo que no se domina, un terreno minado que explote».

Javier Sádaba describe el amor como vulnerable siempre. Admite que, como todo lo importante en la vida, tiene dos caras: la más fuerte y la más débil, lo que hace que caminemos por él como por una cuerda floja. Y advierte que no es lo mismo el amor en el mundo grecorromano, donde según algunos no se valoraba el amor-pasión, que el amor de los juglares, «que es casi entusiasmo religioso». ¿Y el de hoy? ¿Cómo es el amor de nuestros días, del siglo XXI? «El amor con prisa» lo define Sádaba, que señala en él estas características: la dificultad para encontrarlo porque hay menos personas abiertas a él; la falta de tiempo para tener un contexto adecuado; el marketing que se empeña en vendernos un amor frío, el tecnoamor o ciberamor, listo para su consumo rápido.

¿Cómo corregir este diagnóstico? El filósofo señala que el amor es una mezcla de suerte y cultivo. Suerte porque es muy difícil encontrar a una persona con la que conectar en todos los aspectos que a uno le importan y estar realmente a gusto; y cultivo porque es una tarea que debe extenderse y mantenerse en el tiempo. No se trata de renovar una promesa todos los días, pero sí de saber que vas creciendo, que vas cambiando, de saber discutir, saber argumentar, saber querer...

¿Se puede aprender a «amar bien»? Para Sádaba, sí y no. Se puede aprender a amar en términos generales, según explicaba en la revista Filosofía Hoy, aunque, en su opinión, es una gran asignatura pendiente. La solidaridad, ponerse en la piel del otro, ayudar al que menos puede... debería enseñarse en casa y en la escuela. Pero el amor-flechazo, el amor-pasión... eso ya es otro tema. Enseñar a sentirlo y detectarlo es mucho más difícil, «porque entra de improviso y toca fibras muy sensibles, registros que te dejan muy expuesto. Además, ni siquiera se aprende, porque a aquel que ha fracasado ni siquiera le ha servido la experiencia», explica Sádaba. «Es lo único en lo que quizá no se llega a aprender nunca».

El amor y la memoria

El divulgador científico español Eduardo Punset sí relaciona el amor con el aprendizaje, porque sitúa en la memoria, en la memoria de cada uno, el punto de apoyo al que agarrarnos para entregarnos o no a él. «El amor ha fascinado a la humanidad. Dos personas se conocen y se enamoran. El amor 'surge' –uno no hace nada para padecerlo, suplemento ocurre–; el amor nos hace olvidadizos, obsesivos, vulnerables, inseguros, celosos, acelera nuestro pulso, nos puede sumir en la depresión o la euforia. La experiencia del amor se vive como algo irracional, predestinado; deforma la realidad, no obedece a las leyes de la razón y la objetividad». Un gran revolucionador que llega y pone todo patas arriba según esta descripción que Punset hace en su libro *El viaje al amor. Las nuevas claves científicas*, editado por Booket.

El amor, que también está en el cerebro, se sustenta, cuenta Punset, sobre dos columnas que están presentes igualmente en las enfermedades psicológicas: los recuerdos inconscientes y los mecanismos de defensa. Enamorarse, dice, depende en gran medida de nuestras experiencias y de aprendizajes pasados. Y aquí ve el autor, y muchos otros expertos, ciertas connotaciones de transferencias del pasado. «Muchos psicólogos ven en él un retorno a la infancia en el clamor por el ser querido» apunta.

Para explicarlo recurre Punset a las investigaciones de Ranulfo Romo, neurólogo de la Universidad Autónoma de México, el experto que más ha profundizado en el rol que juega la memoria para analizar la percepción del universo exterior e interior. Tras años de estudio con monos, Romo llegó a la conclusión de que sin memoria no hay concepción del mundo... ni del amor. Frente a un estímulo externo, la parte correspondiente del cerebro activa una sensación de bienestar. Para que esa sensación de bienestar se transforme en sensación de amor es necesario que el pensamiento indague en la memoria buscando información, datos, vivencias, emociones, recuerdos que se asemejen, que sitúe a la persona en una situación similar. Hará la búsqueda de forma veloz e instantánea. Si la mente no encuentra en la memoria nada que pueda compararse al estímulo recibido en ese momento ni en belleza, ni en sentimientos ni en capacidad de amar, entonces surgirá el amor que une a la pareja.

«El amor nos hace olvidadizos, obsesivos, vulnerables, inseguros, celosos, acelera nuestro pulso, nos puede sumir en la depresión o la euforia. La experiencia del amor se vive como algo irracional; deforma la realidad obedece a las leyes de la razón y la objetividad». Eduardo Punset.

Ortega: amor activo, deseo pasivo

Para el filósofo español José Ortega y Gasset, el amor es un asunto de primer orden. El amor no es posesión, dice; en eso se diferencia esencialmente del deseo. Lo explica en *Estudios sobre el amor*, publicado por Edaf. Cuando se satisface, el deseo, pasivo –quiero que el objeto venga a mí–, muere. El amor, al contrario, es activo –soy yo quien va en busca del objeto– y es «un eterno insatisfecho», asegura Ortega en Facciones del amor, el primer texto del libro. El amor es hacia fuera, busca al otro, es generoso, mientras que el deseo es hacia dentro, egoísta. Amor es «estar marchando continuamente de nuestro ser al del prójimo». Y en esa búsqueda nos revelamos.

Y Ortega dice más, dice que el amor tiene algo de exclusivo. El amor que combina percepción, emoción y constitución no está al alcance de todos: «Podremos decir sin extravagancia que el amor es un hecho poco frecuente y un sentimiento que solo pocas almas pueden llegar a sentir (...). Un talento maravilloso que algunas personas poseen, como el don de hacer versos (...). Muy pocos pueden ser amantes y muy pocos amados».

Para Ortega, lo que elegimos amar, lo que amamos, revela zonas desconocidas de nuestro ser, tanto a nosotros mismos como a los demás. «Según se es, así se ama» escribe en *Estudios sobre el amor*. Por eso causan sorpresas las parejas de algunos amigos que consideramos inadecuadas. «En la elección amorosa revelamos nuestro más auténtico fondo», escribe el filósofo. Pero el amor tiene sus razones. El que ama ve su amor naturalmente justificado. Y encuentra mil razones naturales para que se dé. Para Ortega, el amor se presenta como ineludible e inexorable.

Arendt-Heidegger, la irrupción del amor

¿Era inadecuada, según esta visión de Ortega, la pareja de filósofos alemanes Hannah Arendt-Martin Heidegger? Arendt se enamoró de su profesor. Comenzaron una relación que poco tenía para hacer pensar que todo iba a ir sobre ruedas y que podía funcionar: él, católico, casado con una mujer antisemita, con dos hijos, acabó siendo partidario de Hitler y convirtiéndose en el filósofo oficial del nazismo; ella, 17 años más joven, judía. Pero mantuvieron esa relación que sería esencial para los pensamientos filosóficos de ambos.

En el libro *Martin Heidegger-Hannah Arendt. Correspondencia 1925-1975*, publicado por Herder, los filósofos escriben:

Martin Heidegger a Hannah Arendt. 21 de febrero, 1925

Querida Hannah:

¿Por qué es el amor tan rico, superando todas las dimensiones de las otras posibilidades humanas, y por qué supone una carga dulce para aquellos a quienes afecta? Porque nos convertimos en aquello que amamos y, no obstante, seguimos siendo nosotros mismos. Querríamos dar entonces las gracias al amado y no encontramos nada que satisfaga este deseo.

Sólo podemos dar las gracias dándonos a nosotros mismos. El amor transforma la gratitud en fidelidad a nosotros mismos y en fe incondicional en el otro. De este modo aumenta el amor continuamente su misterio más propio.

La proximidad es aquí el ser a la máxima distancia al otro –la distancia que no permite desdibujarse nada– sino que coloca el «tú» en el sólo-ahí transparente –pero incomprensible– de una revelación. El hecho de que la presencia del otro irrumpa una vez en nuestra vida es aquello que ningún ánimo supera. Un destino humano se entrega a un destino humano, y el servicio del amor puro consiste en mantener despierta esta entrega igual que en el primer día.

Tu

M.

Hannah Arendt a Martin Heidegger. Heidelberg, 22.abril.1928

(...) Lo que quiero decirte ahora no es más que una descripción au fond absolutamente escueta de la situación. Te amo como el primer día –lo sabes, y siempre lo he sabido, incluso antes de este reencuentro. El camino que me enseñaste es más largo y arduo de lo que pensaba. Exige toda una larga vida. La soledad de este camino la elige uno mismo y es la posibilidad de vida que me corresponde. Pero el abandono que el destino ha suprimido no solo me habría quitado la fuerza para vivir en el mundo, es decir, no en el aislamiento, sino que me habría bloqueado también el propio camino que, por ser largo y no un salto, recorre el mundo. Solo tú tienes el derecho de saberlo porque siempre lo has sabido. Y creo que incluso donde callo en última instancia nunca falto a la verdad. Siempre doy lo que se me exige, y el propio camino no es más que la tarea que me impone nuestro amor. Perdería mi derecho a la

vida si perdiera mi amor por ti, pero perdería este amor y su realidad si me sustrajera a la tarea a la que me obliga.

«Y si Dios lo da te amaré mejor tras la muerte.»

H.

«¿Por qué es el amor tan rico, superando todas las dimensiones de las otras posibilidades humanas, y por qué supone una carga dulce para aquellos a quienes afecta?» escribe Heidegger a Arendt.

¿Puede el ser humano vivir sin amor?

¿Es necesario, imprescindible, el amor? ¿El ser humano depende del amor, de amar y de ser amado, igual que depende del alimento y el agua para poder subsistir? ¿Tenía razón el psicoanalista y filósofo alemán Erich Fromm cuando dijo que «la humanidad no podría existir ni un solo día sin amor», pues el amor es «la única solución razonable y satisfactoria del problema de la existencia humana»? Otro filósofo alemán, Stascha Rohmer, reflexiona sobre ello en su libro *Amor, el porvenir de una emoción*, (Herder, 2013); si el amor es constitutivo de la existencia del ser y supone por lo tanto una necesidad ontológica.

El libro comienza recordando una cita de Heráclito: «Todo ser vivo que se arrastra sobre la tierra es conducido por un látigo». Y el autor aclara que látigos hay muchos y que el filósofo griego no especificó qué clase de látigo es el que obliga a los seres terrenales a arrastrarse por el suelo. Para el escritor y filósofo alemán Friedrich Schiller existen dos tipos de látigos —escribe Rohmer—: el hambre y el amor, y a ellos les atribuye la poderosa facultad de mantener el mundo en movimiento.

¿Podemos decir hoy, viendo los avances de la biología y de la ingeniería genética, que el ser humano tiene necesidad absoluta del amor para ser, desarrollarse y permanecer? Para abordar este asunto, Rohmer explica primero la necesidad que el ser humano tiene de comer. «Todo ser vivo y, por tanto, también el ser humano, necesita alimento para vivir. Y en tanto en cuanto asegura su necesidad individual de alimento, asegura la conservación y pervivencia de su forma o configuración individual. Y al asegurar todo ser vivo, en la medida de sus posibilidades, su existencia individual en la búsqueda de alimento, de autoconservación, contribuye así al mismo tiempo a la continuidad de su especie en un futuro incierto. Cuando se pasa hambre, se ponen de

manifiesto las exigencias de un futuro no saciado en cada individuo presente. Si no se satisfacen estas exigencias, muere también el futuro como espacio concreto en el que se proyecta la vida individual».

Bien, pero ¿y el amor? ¿Es igualmente imprescindible para la subsistencia de la especie? ¿Podemos decir algo similar con respecto al amor?, se pregunta Rohmer en el libro. ¿O, al contrario, podríamos pensar que el ser humano seguirá existiendo en el futuro aunque deje de haber amor, «que la emoción del amor, entendida como fuerza motriz, es algo de lo que se puede prescindir en principio»?

El amor como base de la libertad

El amor actúa como un cimiento de la existencia humana, pero, advierte el autor de *Amor, el porvenir de una emoción*, lo que distingue al ser humano del resto de los seres vivos es la libertad. La esencia de la existencia humana, dice Rohmer, es la libertad, enraizada en un tipo de amor que trasciende el cuerpo y lo sensual. El amor es el fundamento de la libertad. «Identificar el amor como fundamento de la libertad humana significa suponer de forma explícita que la dimensión social de la existencia proporciona al mismo tiempo el fundamento de una vida verdaderamente humana; significa asumir que el ser humano, en cuanto tal, existe solo en la relación concreta con sus semejantes; y en consecuencia, que solamente en esta relación en la que se encuentra con el 'otro', con el tú, dispone de una facultad cognoscitiva y de intuiciones».

¡Ojo! No confundir amor y enamoramiento, parece querernos decir Rohmer en su libro. Hay tipos de enamoramiento, escribe, en los que da la sensación de que el sujeto que lo siente, y que cree haber caído en un amor profundo, no está enamorado de verdad, sino que atraviesa un periodo de «locura». Sucede sobre todo cuando la emoción que siente no está en relación real con el objeto de su amor, es decir, «cuando una persona, que representa en el fondo un desconocido inalcanzable, es divinizada y sobreestilizada tan convulsiva como desesperadamente por el amado. En el caso de estos tipos de enamoramiento desesperado y del deseo desesperado de lo imposible que lo acompaña, parece, pues, tratarse de una estrategia para evitar la relación y de una huida de la propia mismidad, de un intento de desecharse, antes que del intento de construir una proximidad particular consigo mismo y con el Otro». Pero, advierte Rohmer, tampoco hay que caer en el menosprecio todos los estados de enamoramiento. Esto sería un error «en la medida en que la mera percepción sensorial no representa la única forma de conocimiento en la cual captamos al Otro».

Amor, tiempo, movimiento

«El amor está ligado a imágenes y movimientos, de modo que todo el tiempo estamos imaginando, o más bien, está relacionado con una forma de imaginación y movimiento que parece absorbernos en sus repeticiones y elaboraciones», escribe la filósofa estadounidense Judith Butler en *Los sentidos del sujeto*, publicado por Herder. Y la filósofa relaciona el amor con otro filósofo, el alemán Friedrich Hegel, quien habló del tema en un breve ensayo titulado Amor y en una pequeña obra llamada *Fragmento de sistema*.

¿Cómo debemos entender la lectura de Hegel del amor? ¿Hay amor en su lenguaje?, se pregunta Butler en el libro. Y explica que el amor no puede permanecer como un sentimiento interno y mudo, sino que exige algún tipo de presentación. «No estoy diciendo —aclara Butler— que todo amor deba confesarse o declararse para poder ser denominado amor, sino que para Hegel, (...) el amor debe desarrollarse en el tiempo; tiene que tomar cierta forma que no puede quedar restringida a una única proposición. Tiene que haber algo así como una cadena de frases, declarativas e interrogativas, que (...) dé lugar a modos de llegada inesperados, todos ellos modos de representación de esos movimientos como parte del fenómeno mismo». Al fin y al cabo, concluye la filósofa, el fenómeno del amor, más allá de lo silencioso o estridente, de lo introvertido o extrovertido que sea, tiene una especie de lógica propia que se expande o desarrolla en el tiempo y que nunca adopta una forma final, sino que queda abierto.

Amor como un concepto abierto, no estanco. Amor con un elemento de ambigüedad consustancial al sentimiento amoroso mismo, según señala Manuel Cruz en *Amo, luego existo*. Tan consustancial, dice el filósofo, que incluso podríamos decir que una de sus principales características es precisamente la imposibilidad de definirlo con un único rasgo. Solo así se explican las múltiples valoraciones que siempre se han hecho sobre el amor; solo así se explica por qué al querer saber sobre el amor se descubren más preguntas que respuestas.

«El amor es la pasión activa que da sentido a la vida —nos dice Fernando Savater—: un canto emocionado a la vida, una llamada a amar y disfrutar en todo momento con la persona que amas.» Así se presenta el libro *La peor parte. Memorias de amor*, del filósofo español Fernando Savater, publicado por Ariel. Un libro escrito «para guardar la memoria de la persona amada», es decir, de Sara Torres, su mujer, profesora de Estética en la Facultad de Filosofía de la Universidad del País Vasco, con quien Savater compartió 35 años de su vida, antes de que ella muriera en 2015.

«**Si el corazón pudiera pensar, se pararía**». Esta cita del escritor portugués Fernando Pessoa es la que Savater elige para encabezar el primer capítulo del libro. Esto ya indica su estado de ánimo durante el ejercicio personal de recordar a su amor. «Cuando ella murió me puse a escribir sobre la sorpresa que suponía para mí ser tan desgraciado». El amor y su dolor vividos en primerísima persona. Le hacemos al filósofo dos preguntas muy concretas sobre el amor y la filosofía.

~ ¿Qué es el amor?

Aunque quizá sean precisiones innecesarias, doy por hecho que no hablamos del amor como equivalente a deseo sexual (sostenido o transitorio), ni como simple rutina doméstica para remediar la insuficiencia personal o el pánico a la soledad. Para mí (en este tema el subjetivismo es inevitable), el amor es la pasión activa –perdón por el oxímoron– que da sentido a la vida, es decir, que la convierte en ofrenda. Nos hace vivir para alguien, no para algo. Vivir para alguien es más dramático, pero también más satisfactorio, porque los «algo» son antes o después (pero siempre) cenizas, y los «alguien» también son cenizas pero tendrán sentido.

~ ¿Se ha ocupado la filosofía lo suficiente de él?

La filosofía se ocupa poco o nada del amor y aún menos del sexo, lo que es más extraño, si en este último tema se exceptúan las contribuciones de Lucrecio, Montaigne, Schopenhauer y Freud (al que ya hay que empezar a tratar sin escrúpulos como filósofo). Respecto al amor, la cima casi única sigue siendo *El banquete*, de Platón; después *naide* (como dijo el torero) y después Stendhal, Ortega... y por último y resignadamente, yo.

¡Prueba 30 días gratis!

Si te ha gustado la lectura de este dossier, durante 30 días, tienes disponible una prueba gratuita al espacio *premium* con otros contenidos similares, además de muchas más ventajas y beneficios.



área premium
SUSCRÍBETE
contenidos exclusivos